

CAPITULO XIV

APOGEO DE LA REACCION RELIGIOSA

Realmente, con el Emperador en Yuste acaban los tiempos heroicos de la revolucion religiosa. Los grandes filósofos que la han pensado, los brillantísimos artistas que la han enaltecido, los elocuentes oradores que la han propagado, los héroes que la han servido ceden paso á la reaccion, la cual, á un mismo tiempo, combate y consolida las revoluciones. Así como representa Ignacio de Loyola, por sus doctrinas, la reaccion espiritual en las regiones de la idea; representa Felipe II, por sus hechos, la reaccion material en la esfera de la sociedad y de la historia. No tan válido, ni tan poderoso exteriormente como en otras naciones el jesuitismo en España, tenia, bajo apariencias humildes y modestas, mucho y muy poderoso influjo espiritual. Abominado por arzobispos del temple que todos reconocemos en el cardenal Siliceo; tenido en poco por potentados, como Carlos I; su idea se deslizaba en los aires misteriosamente, á guisa de una epidemia. Así puede asegurarse que Felipe II, á despecho suyo, sin quererlo, sin advertirlo, casi, era el jesuitismo en el trono, por lo mecánico de su política, por lo reaccionario de su idea, por la doblez de su natural, por el maquiavelismo de sus procedimientos, por la frialdad de su sangre, por el desapoderado deseo de rendir la conciencia humana con absoluto imperio al poder omnímodo de Roma.

Comparad aquel viajero incansable, que parece hallarse á un mismo tiempo en todas partes; aquel héroe legendario que creierais una creacion de la fantasía, comparadlo con este Felipe II, inmóvil como una estatua del Escorial, pegado á la tierra de Madrid como el madroño que constituye su

blason, metido en una estancia fria semejante á sepulcro anticipado, envuelto en su estameña negra y con su rosario de rudas cuentas en la mano y su borreguillo áureo pendiente de una cinta en el cuello, único signo de su poder; y decidme, si el sentimiento y la estética y la idea no han dejado abierto campo á la fria razon política, tal como la explicaban los torvos cortesanos de aquellos nefastos tiempos. Carlos V es grande siempre, ya en las orillas del Danubio, ya en las orillas del Adigio; atravesando el Rhin ó atravesando el Mediterráneo; al pié de los muros de Túnez ó en la cima del fuerte de la Goleta; ya se haga ungir y coronar por Clemente VII en Bolonia, ya rodeado de una fastuosa corte se halle frente á frente del poder eclesiástico representado por Paulo III en las calles de la Eterna Ciudad; ora se fie á sus mayores enemigos, atravesando Francia como huésped, despues de haberla visto tantas veces como vencedor; ora cite y emplace á sus rivales, cual un paladin de la Edad Media, esperándolos en cerrada liza; pues lo cierto es que las artes florecen bajo su imperio, y la hermosura helénica renace á sus amorosos besos, y la conciencia humana se carga de nuevas ideas, y el cielo inmenso de nuevos soles, y la tierra, ignorada antes, se deja ceñir y estrechar por sus brazos, y la herejía de Lutero le respeta y la media luna de Soliman le teme, y Hernan Cortés le obedece, y Magallanes le sirve, y Garcilaso le canta, porque aquel hombre, cualesquiera que sean sus errores, tiene mucha grandeza y despide y exhala muchísima poesía.

No puede negarse que, ya en Yuste, Carlos atiza la reaccion religiosa; bien fuese por motivos y razones de Estado, bien fuese por desquite y penitencia de sus antiguas dudas. Los hombres, que han de cumplir un ministerio histórico, no ven de la vida y de la ciencia mas lados que los lados correspondientes á este ministerio. Aquellos, que habian de fundar la unidad de los Estados modernos, imaginaban, quizás con fundamento, que tal unidad no podia tener base tan fuerte y sólida como la unidad de creencias y la sumision mas ó menos forzada de todos los entendimientos á un solo ideal. Carlos I habia contribuido mucho al Renacimiento; y por consecuencia mucho á la religion del arte, creida entonces instintivamente de que podia sustituir á la religion tradicional. Y Carlos V habia pactado mucho con Lutero y su herejía triunfante, hasta el extremo de redactar, despues de vencer en

Muhlberg y recluir en prision al Elector y al Landgrave, aquel Interin, especie de tregua y pacto entre dos religiones contrarias. Lutero estuvo en su poder, y no lo habia retenido ni castigado, cuando reteniéndolo quizás ahogara la revolucion religiosa y disminuyera las causas de guerra en el mundo. Cuántas veces solia dolerse con amargura de la caballeridad, que le llevó á respetar el salvoconducto con religioso respeto. Cuántas pensó que debiera proceder con el nuevo heresiarca, cual habian procedido los padres del Concilio de Constanza con los heresiarcas antiguos. Y si veia perturbado el Imperio aleman, angustiada la Sede Pontificia, soberbia Inglaterra, encendidas por la nueva idea Dinamarca y Suecia, sublevada Holanda, incierta Francia entre las dos creencias, amotinábase todavía mas en su interior por lo que pudiera haber hecho con Lutero, y no hizo, á causa de la imprevision de la juventud y de la generosidad del sentimiento. Y cuando estaba en Yuste repasando aquellas Memorias escritas á su dictado, como las Memorias de César, y que luego quemó á instancias de San Francisco de Borja, con mengua de su nombre y mengua tambien de la Historia, encontróse con que la herejía se dilataba tambien por el territorio español é iba sigilosamente apoderándose de sus mas altas cimas y eminencias. Al saber que Sevilla tenia organizadas iglesias secretas y Valladolid tambien; que hombres como Valdés y mujeres como Victoria Colonna se inclinaban y propendian á las nuevas creencias; que Constantino, su admirado y admirable doctor; que Cazalla, tan sabio; que Carranza, tan grande, pertenecian á la secta por él combatida, enfurecíase y alentaba con repetidas obyurgaciones á su hija la regente, para que alimentara la Inquisicion y consumiera en sus llamas los cuerpos de los réprobos, limpiando así el mundo de almas nacidas para el infierno. La plaza de Valladolid vió en su tiempo aquellos horribles Autos de Fe, cuya realidad apenas creeríamos, si no estuviesen testificados de irrevocable manera por la historia y por la tradicion. Ante una corte lujosa, reunida en balcones á palcos de un teatro semejantes; conducidos por los nobles y por los grandes, quienes con sus mayores preseas se adornaban como que tenian á gala llamarse familiares del Santo Oficio; denostados y maldecidos por una muchedumbre fanática y furiosa; aparecian los condenados caballeros en pacientes burros; con sus corozas y demás señales y sím-

bolos de ignominia para entrar en aquellas hogueras voraces, donde ni los alaridos terribles de sus roncadas gargantas, ni los rechinamientos de sus dientes, ni los gestos de sus rostros, ni el carbon de sus esqueletos movian á compasivos afectos el alma de una sociedad empedernida en el error de la intolerancia. El pobre príncipe Carlos, que luego habia de ser tan atormentado en el Escorial, presenciaba en vida de su abuelo el Emperador estos suplicios, en cuyas nubes de humo se disipaban, como astros reducidos á cenizas, tantas grandes almas.

Un movimiento iniciado así por la vasta inteligencia de Carlos, quizás la menos poseida de la intolerancia entonces, debia recrudecerse y agravarse al llegar á manos de Felipe II, mas fanático y menos generoso. La verdad es que con el nuevo príncipe ascendido al trono español por la triste abdicacion del Emperador se habia ceñido la corona del mundo un dogmatismo tan intolerante y ortodoxo cual el dogmatismo jesuítico. Felipe creia que á la salvacion de las almas y á su salud espiritual debia posponerse todo en el mundo, todo. Para conservar un alma, ó muchas almas, á la fe, habia que acudir á todos los medios imaginables, buenos ó malos. Tenia muchos partidarios entonces el dogma por excelencia maquiavélico, el dogma de que un buen fin debe aquistarse, aunque sea por toda suerte de malos medios. En virtud de tal principio Felipe II creará que la falta grave á la palabra empeñada y al juramento hecho; que la violacion de la inviolabilidad reconocida por todos los pueblos y por todos los tiempos á los embajadores; que la extirpacion por el hierro y el fuego de los herejes; que el envenenamiento y el asesinato; que todos estos delitos estábanle permitidos, con tal que los condujese al bien de las almas y al esplendor de la Iglesia. Digan cuanto quieran para justificarle sus apologistas, hay en él todos los vicios de la reaccion religiosa: la sordidez del jesuita, la perfidia del inquisidor, la falsía del escribano, la crueldad del tirano. Un dia, como le propusieran, allá en el Escorial, cierto pacto con los herejes en armas por tierras de Flandes, rechazólo con verdadera indignacion, y volviéndose á un Crucifijo, cayó de hinojos ante él, para decirle cómo no queria, no, de suerte alguna, reinar sobre gentes manchadas de herejía.

Su padre habia querido hacer de Felipe II un guerrero; pero la comple-

xion del hijo no lo permitia. Diestro en los ejercicios corporales; gallardo al cabalgar en su mocedad; apuesto, y aun hermoso de presencia un tiempo, en la flor de su vida; bien pronto, así como la linfa y la hiel se apoderaron de su complexion física, la doblez y el engaño se apoderaron de su complexion moral; obligándole á recluirse dentro de una celda y á proceder con verdadero misterio; como si en vez de mandar, conspirase. Pocos hombres han escrito tanto como él en la tierra. Quizá no se conozca ningun otro que haya esgrimido así la pluma, y que haya derramado mares de tinta cual ha derramado ese hombre singular. En todo se ocupaba y entendia. Lo mismo daba una minuciosa informacion diplomática para resolver los problemas internacionales de primer orden que una pauta para planchar los puños y los cuellos y para decir el número de canutillos con que habian de ornarse. Despues de dar un rescripto referente á los vireyes de las Indias, por ejemplo, daba un rescripto referente á los peleles de las procesiones de Corpus. Tenia muchos secretarios, y los escuchaba con gran cuidado. Pero poníalos unos contra otros, á fin de que ninguno pudiera dominarle á él, y él dominara en absoluto á todos. Estos secretarios pertenecian, por regla general, á la clase media; y muchos eran extranjeros. Felipe II es el fundador de la tiranía golillesca en nuestra patria. El secretario, que borronea Memorias y mas Memorias; el golilla, que arbitra sentencias y mas sentencias; el fraile, que, so color de confesion, da consejos y mas consejos; el inquisidor con sus espías y esbirros; el alguacil alguacilado como le llamaba Quevedo: hé ahí el ejército de Felipe II. A fin de dominarlo todo, alejará la nobleza de la corte como de las Córtes al pueblo. Los nobles irán á morir en los campos de batalla, ó á vireinar en las semi-monarquías de Indias; pero no irán á los Consejos del Rey, compuestos por hombres de poco mas ó menos en comparacion de nuestra aristocracia, por hombres como el humilde y oscuro Mateo Vazquez, como el bastardo sacrílego Antonio Perez, como el menino portugués Ruy Gomez de Silva; y mantendrá entre todos estos hombres una discordia permanente, y los dejará á los unos aislados de los otros; y los azuzará contra sus cofrades respectivamente á todos; y los condenará implacable á la mayor debilidad para representar y tener él tan solamente la fuerza con el poder. Mandará en secreto asesinar á un servidor fiel; y creará que aquel infame

asesinato, perpetrado por él mismo, es un acto divino de justicia. Verá morir en la horca una esclava, que ha dado veneno á su amo por obedecer una orden del rey; y este rey, que lo sabe, no la salvará. Hé ahí el hombre á quien la reaccion religiosa entregará sus destinos y confiará sus fuerzas.

En ninguno de los actos de Felipe se conoce tanto su complexion, como en el acto sañado del proceso de Antonio Perez y la princesa de Eboli. Pertenecia esta señora, por su cuna y por su sangre, á la ilustre familia de los Mendozas. Sus abuelos habian estado en la batalla de las Navas, y habian muerto en la batalla de Aljubarrota. El primero de los marqueses de Santillana, por tantos títulos ilustre, lucia en su gloriosa stirpe. Los duques del Infantado, célebres en las cortes del cuarto Enrique y de la primera Isabel, pertenecian tambien á su prosapia. Aquel gran cardenal de España, tan suelto de costumbres, como valeroso de ánimo, que puso la cruz de plata en la Torre Bermeja de la Alhambra, y que derribó el lado de la epístola en el altar mayor de Toledo para poner allí su tumba, padre sacrílego de tantos hijos bastardos, á quienes la triste laxitud moral de los tiempos honró con títulos y privilegios nobiliarios; el gran cardenal Mendoza le trasmitió sangre de sus venas por sus amores con una dama portuguesa, en la cual tuvo frutos, que si bien provinientes de cardenal, no pueden llamarse frutos, ni de bendicion, ni de honra. Lo cierto es que un apellido tan ilustre como el apellido de los Hurtados de Mendoza, y una casa tan alta como la casa de los Condes de Tendilla provenian de adulterios régios y sacrílegos, los Hurtados, de liviandades de la reina D.^a Urraca, y la sangre de los Mendozas, sangre vasca, en el siglo xv habíase corrompido y adulterado con los amores sacrílegos del gran cardenal de España. Hijo segundo del cardenal era D. Diego de Mendoza, conde de Mélito y de Aliano; é hija del segundo conde de Mélito y Aliano, nieto del cardenal, era el padre de la princesa de Eboli D.^a Ana de Mendoza.

Nació ésta en junio de 1540, bautizándola en el lugar de su natalicio, la villa de Cifuentes, el canónigo de Toledo D. Juan de la Cerda. Unigénita de tan poderosa familia esta circunstancia quizá explique su mala educacion transmitida por la historia y sus voluntariedades pagadas con tan horribles tormentos. El casamiento de todas estas damas nobles tenia mucho del ca-